

Peralta y Arzáns de Orsúa

Por Lewis Hanke

“...La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias;...” (Vol. I, p. 5.)

Francisco López de Gómara: *Historia General de las Indias*. 2 vols. Barcelona: Editorial Iberia S.A., 1954.

Es un gran placer para mí el participar en el Coloquio sobre Don Pedro Peralta Barnuevo, y estoy profundamente agradecido a la Academia Nacional de la Historia que ha hecho posible mi actuación en estas reuniones. En Coloquio como el presente, no sólo tenemos la oportunidad de encontrar de nuevo viejos amigos y colegas, sino también podemos aprender las dimensiones verdaderas de una figura como la de Don Pedro Peralta. Si el Dr. Edmundo O’Gorman, historiador y filósofo mexicano, estuviera hoy entre nosotros, tal vez nos sorprendería con una disquisición sobre “La invención de Don Pedro de Peralta,” pero creo que se podría caracterizar también este Coloquio como “El descubrimiento de Don Pedro.” Naturalmente la figura de Peralta no ha cambiado en los últimos tres siglos; somos nosotros los que hemos sufrido el cambio. Ya en 1933 Irving Leonard producía la obra que, en mi opinión, es aún la mejor sobre Don Pedro: *A Great Savant of Colonial Perú: Don Pedro de Peralta*, y en 1945 Jorge Basadre intentaba mostrarnos nuevos caminos, haciendo la siguiente afirmación en su obra *El Conde de Lemos y su tiempo*.

“Habrá que estudiar algún día la historia del Virreinato a través de “este poema *Lima fundada*, leyéndolo en la interlínea y en la intertención. Al de Lemos lo llama “justo, magnífico gobierno”; pero “agregando enseguida una frase feroz: “*Rico de muertes, más que de metales*”.

Sería un interesante trabajo en la historiografía, investigar las razones que nos han impedido por tan largo tiempo el descubrir al Don Pedro total. Quizá esto se debe a la falsa idea, mantenida por ciertos historiadores, de que nada relevante sucedió en el período colonial; lo ocurrido en aquella época, se nos dice, o fue malo o sin importancia. En ciertos casos, como en el de Don Guillermo Feliú Cruz, nos ha confesado, que fue la desfavorable opinión de Don Marcelino Menéndez y Pelayo la que le previno de leer las obras de Peralta. No es este el momento apropiado para continuar especulando sobre este problema, pero quisiera me permitan añadir una otra observación de tipo general.

Nos hemos reunido en Perú, en estos días para honrar la memoria de Don Pedro de Peralta, pero es evidente por los brillantes trabajos previamente leídos en este Coloquio que para comprender totalmente la estatura correcta de Don Pedro debemos estudiar también el período en que le tocó vivir. Ningún historiador verdadero se atrevería a pensar de otra manera, y es mi ardiente esperanza que uno de los resultados de nuestras discusiones sea una mayor atención a ese período crítico en la historia de Hispanoamérica, que precede inmediatamente al impacto de la Ilustración. Este es el período de transición en que vive Peralta, y cuyo significado quizás pudiera ser mejor comprendido comparando su primera obra *El Origen de Monstruos*, con las riquezas, complejidad y sutilezas de su *Lima Fundada*. Teniendo estas ideas presentes, voy a abordar mi tema de hoy inspirado por un Ensayo de Licenciatura, inédito todavía, presentado en 1937 a la Universidad de Duke, en los Estados Unidos, por la Srta. Bess Mae Mann, y cuyo título es: *Don Pedro de Peralta y la Cultura de su época*. Voy a tratar, también, sobre Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, contemporáneo de Don Pedro e historiador, que en los años de 1700 a 1736 compuso un largo manuscrito sobre la historia de la Villa Imperial de Potosí desde su descubrimiento en 1545.

¿Pero cómo podemos estudiar la cultura de una época? Podríamos hacerlo mostrando la semejanza ideológica entre Peralta y Arzáns, el historiador de provincia que escribe en el lejano centro minero de Potosí. Ambos eran españoles americanos leales que jamás soñaron en una revuelta contra la madre patria, pero que no dudaron en defender al criollo de los que ellos juzgaban ataques injustos al carácter y a las realizaciones de los nacidos en América. Ambos, como españoles americanos netos, amaban la poesía, y ambos se interesaban profundamente en la astronomía y en la influencia de las estrellas en el acontecer de la humanidad. Probablemente, estos dos hombres jamás se encontraron cara a cara, ya que Arzáns parece haber vivido siempre en la Villa Imperial o en sus alrededores, y no tenemos pruebas de que Peralta visitase Potosí. Pero Arzáns cita las obras de Peralta y evidentemente las admira.

Hay también lecciones que aprender de las diferencias entre Peralta

y Arzáns, diferencias grandes y pequeñas. Un detalle, reducido si se quiere, es el uso diferente que ambos hacen de las notas críticas, problema que aún hoy perdura entre nosotros. Arzáns quiere evidentemente impresionar al lector con su erudición, mencionando un gran número de autoridades, pero sus notas críticas son breves. Peralta, en cambio, nos da tan numerosas y tan largas citas críticas sobre temas como "la causa de los terremotos", "la escasez de lluvias en el verano," "el origen de los depósitos minerales", que, con razón, teme que sus notas acabarán por distraer la atención del lector. A veces me he preguntado si no sería un ejercicio pedagógico útil el obligar a ciertos universitarios, que creen que la erudición se mide por la longitud de las notas, a estudiar este aspecto en la *Lima Fundada*, como un claro ejemplo de lo que nunca debería hacerse.

Una diferencia más seria entre Peralta y Arzáns puede descubrirse en sus diferentes actitudes ante el mundo indígena. Peralta muestra un interés considerable en las técnicas mineras, pero casi no se detiene a pensar en los mineros. Como ha notado la Srta. Mann en su ensayo antes citado, Peralta no hace mención alguna en su informe de 1736, memoria del Virrey Marqués de Castelfuerte, "sobre los horribles sufrimientos de aquellos que eran obligados a trabajar en las minas." Es verdad que en su *Lima Fundada*, Peralta se refiere al apasionante debate sobre la mita, y afirma claramente que la disminución de la población indígena se debe al duro trabajo de las minas y al gran consumo de aguardiente por parte de los Indios. En cambio, Arzáns, ni un solo momento olvida al indio. Por eso, de inmediato, voy a referirme a Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, y sus opiniones sobre los indios que constan en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*.

La historia de la minería en América Española está solamente en sus comienzos, y cuando los ricos archivos de España y de América estén debidamente explorados sabremos más de la influencia verdadera de la plata en el mundo durante aquellos siglos, cuando España tenía su imperio en América. No me refiero exclusivamente al poder económico y político de la plata en la formación capitalista de Europa ni al alza de los precios, aunque obviamente la producción de las minas americanas jugaron un papel extraordinario en este sentido. La historia de la explotación frenética de las minas nos dará luz sobre otros aspectos importantes de la acción de España en América como el desarrollo técnico en el campo de la metalurgia y la lucha por la justicia en el tratamiento de los indios en las minas. Una fuente detallada y rica será publicada dentro de pocos meses al editarse la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, escrita en los primeros años del siglo XVIII por un potosino leal y orgulloso, Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela.

Arzáns no olvida jamás que la gloriosa historia de la Villa Imperial habría sido imposible sin los indios—"sin indios no hay Indias". En

las primeras páginas de la *Historia* interrumpe el relato de la conquista de la Nueva España para negar indignado que los indios son "brutos incapaces de razón", falsedad propagada por los enemigos de España para disminuir la importancia de la victoria de Cortés. Los indios quedaban asombrados ante el color, los vestidos y las armas de los barbudos españoles, pero "ignorancia no supone incapacidad", y se recuerda a los lectores que los indios araucanos y paraguayos han demostrado que pueden pelear valerosamente con "lanza, adarga y a caballo, no temen al soldado más veterano ni de más valor que haya militado en Flandes, pues muchos han perdido la vida a manos de estos indios en estos tiempos". Más adelante Arzáns reconoce que también algunos españoles desprecian a los indios, e impugna particularmente al poeta limeño Diego Dávalos y Figueroa, cuya *Miscelánea austral* (1602) contiene fuertes ataques contra los indios. En este raro libro, Dávalos replica a "cierto autor moderno", posiblemente Bartolomé de las Casas, por haber dicho que los indios son "gente política, capaz de gobierno y de otras buenas partes". Dávalos considera esta opinión un "notorio engaño, porque en gente a quien falta peso, medida, letras, verdad, caridad y honra, ¿qué cosa buena puede haber?". Luego procede a denigrar la cultura india en una forma familiar a todos los que han leído las acusaciones consabidas; de hecho su diatriba parcial recuerda las observaciones publicadas por don Ramón Menéndez Pidal en 1963 sobre la cultura india. "No saben distinguir su edad; carecen de piedad; su ignorancia cerca de los difuntos; salvo casos muy raros y particulares todos son de poca más habilidad que los brutos a quien imitan en cuidar de sólo lo exterior y presente y carecen de todo género de providencia".

Nuestro historiador altoperuano, no vacila en rechazar esta concepción sobre los indios, no obstante la alta situación de Dávalos, muy allegado al Virrey, entre otras circunstancias por ser miembro de la famosa y palatina Academia Antártica, de la que sabemos mucho gracias al estudio de Alberto Tauro, *Esquiveidad y gloria de la Academia Antártica*. Arzáns ataca a Dávalos directamente a lo largo de la extensa descripción sobre el edificio de la nueva iglesia franciscana de Potosí en la *Historia*. Se maravilla ante lo poco que el trabajo de los artífices indios es apreciado, y cuán humildes son ellos: "no hay nadie que pueda sufrir el menosprecio, porque ¿quién hay que piense de sí que es tan bajo que merezca ser menospreciado? Pero la humildad de estos pobres no mira el desprecio que de ellos se hace, sino que poniendo todo su afecto en ser obra para Dios, tienen por su divina mano el acierto necesario".

Arzáns ensalza también la destreza de Yupanqui el Bueno por su contribución, muchos años antes, al edificio del Templo del Sol en Cuzco: "a vista de esta maravilla... todas juntas las demás del orbe parecieran cenizas fabricadas y fragmentos puestos en labor". También alaba en prosa elaborada, el templo antiguo de la isla del lago Titicaca

“donde sobaban en cúmulos de oro las ofrendas, excede cuanto los más ricos imperios poseyeron; más digno por esto de admiración que aquellas dos pirámides que en el célebre estanque Moeris del Egipto le eran excelsas islas y padrones... Jamás aquellos astros se vieron tan bien tratados en Delfos, en Efeso ni Chipre; ni jamás los egipcios, los persas ni los griegos admiraron tanta opulencia en sus monarcas, aunque blasonen los tesoros de Rampsineto, los tributos del primer Darío y el gabinete de Alejandro”. Arzáns no acepta la opinión de algunos sobre que los grandes monumentos de los incas fueron hechos por el diablo, y fustiga a Dávalos no sólo por su baja opinión sobre la capacidad de los indios sino también por ser uno de los autores que sostienen que los templos de los incas, así como sus casas y fortalezas, fueron construidas por gigantes en el pasado, no por indios. Arzáns admite que los indios aprendieron mucho de los españoles, pero para él ésta es una prueba de su innata habilidad. También reconoce que “aquellos indios no alcanzaron en sus fábricas el medio punto del arco, y lo hacían como en remate de punta, pero de columnas basas, capiteles, cornisas, frisos, arquivadas y lo demás con primor lo obraban”. Luego registra los nombres de los “maestros de cantería” indios cuyo arte enriqueció la iglesia franciscana, y elogia especialmente la pericia de Sebastián de la Cruz que murió mientras trabajaba en San Francisco y que “sin saber siquiera leer y escribir fue insigne artífice en piedra, obró de primera la torre de la Compañía de Jesús, de orden jónico y toscano, su portada, que está en el medio; con más de 40 columnas de obra que llaman salomónica, repartida en torre y portada”. En otro lugar Arzáns menciona las muchas plantas y flores cultivadas por los indios en los jardines de Potosí a pesar del arduo clima, las cuales son en “tanta multitud que tiene dificultad nombrarlas en castellano, y en el idioma indiano son muy conocidas y provechosa su aplicación para varios achaques”.

Con esta actitud hacia los indios, no es sorprendente que Arzáns dondequiera en la *Historia* vuelva una y otra vez sobre su habilidad, su carácter, los males que se les siguen del sistema de la mita, y la crueldad de los españoles para con ellos. Como muchos españoles desde los días de la conquista, dos siglos antes de su libro, Arzáns muestra un profundo interés por la historia de los indios. Como preludeo a su detallada descripción de la cultura de los incas, esclarece su posición: Los indios no conocían la escritura cuando Colón llegó, y pocos pueden leer o escribir “no porque en ellos falte la capacidad de aprenderlas sino porque no se ponen a ello”. Luego establece su convicción básica: “Y comúnmente los de este peruano reino son de muy rara habilidad, claro entendimiento y general aplicación, pues se experimenta (con gran sentimiento de los españoles) el que los indios se hayan alzado con el ejercicio de todos los oficios, no sólo los mecánicos mas también los de arte, causando no poca admiración ver formar uno de estos naturales un retablo, una por-

tada, una torre y todo un edificio perfecto y maravilloso sin tener conocimiento de la geometría ni aritmética, y (lo que es más) sin saber leer ni escribir, formar guarismos, caracteres y labores, como también hermosas figuras con el pico y el pincel, solamente con ver el dibujo; y como se ha experimentado su buena capacidad e inclinación, han alcanzado una real cédula para que los hijos de los caciques y gobernadores y los demás nobles indios, puedan (estudiando facultades y teología) ser ordenados hasta de presbíteros, la cual cédula les dio y remitió nuestro rey y señor don Carlos II, de gloriosa memoria”.

Esta actitud guía todos sus juicios posteriores sobre los indios. Arzáns pasa lista minuciosa y monótona de los incas uno por uno, comenzando con Mancco Ccápac y terminando con Atahuallpa, que fue tan injustamente muerto por Pizarro. Se detiene largo en el Inca número cuatro para describir sus trabajos de la construcción de la laguna termal de Tarapaya: “es cosa admirable el poder de aquellos indios que tal cosa pudieron hacer”.

La tiranía de los españoles comenzó en Potosí con el descubrimiento del Cerro en 1545 por Huallpa, quien “no adquirió estimación ninguna, antes fue muy mal mirada de los españoles por encubridor de aquel primer descubrimiento”. Al comienzo los indios trabajaban “con todo cariño” creyendo que los españoles les pagarían por sus servicios y no los molestarían. No fue así: los españoles actuaron con la “acostumbrada tiranía que usan con los indios”. El capitán indio Chaqui Catari envió este desafiante mensaje a los españoles: “Decid a esos enemigos nuestros, ladrones de oro y plata, barbudos sin palabra, que si hubiéramos sabido que era gente sin piedad y que no cumplen los tratos, desde que supimos que estaban en el Porco les hubiéramos hecho guerra, y echándolos de allí no les permitiéramos entrar donde estábamos ni sacar la plata del Potosí. Decidles que por entender que siendo viracochas eran buenos y de mejores costumbres que nosotros, por eso les servimos aquel poco tiempo, y todos ellos nos prometieron vivir juntos y gozar la plata del Cerro, pero ya sabemos que es gente que no sabe cumplir lo que promete. Y decidles que el mal hombre Huallpa lo ha de castigar el gran Pachacámac, porque les ha descubierto el Potocsi, que a ninguno de nuestros ingas se lo dio; y que si quieren paz y no guerra se vayan de aquí y nos entreguen a Huallpa para castigarlo en nombre de Pachacámac, por haber faltado a la orden que nos dió a todos de que no sacásemos la plata del Cerro, cuando se oyó el estruendo, y así que nos lo envíe porque tiene muy enojado al Pachacámac”.

Esto provocó el primer derramamiento de sangre en Potosí; los españoles gritaron “¡Dios ayuda y Santiago!” y mataron 50 indios antes de poder retirarse.

A pesar de este comienzo infortunado, los indios fueron compelidos a trabajar en el Cerro, y de inmediato comenzaron las disputas sobre

su tratamiento. En el mismo año 1550 el dominico Domingo de Santo Tomás, discípulo de Bartolomé de las Casas, atronó diciendo que Potosí era una "boca del infierno" que destruía a los indios, mientras algunos frailes mercedarios atestiguaban justamente lo contrario. Según ellos los indios que trabajaban en Potosí eran más sanos que los del Cuzco, y mejor alimentados, mejor doctrinados, mejor tratados y mejor vestidos que en sus propias tierras, y que vivían en Potosí "con mucho contentamiento". Al cabo de algunos años, otra justificación para forzar a los indios para sacar la plata se vio en una relación clásica del virrey conde del Villar dirigida al rey en 1589. I. 10: "como los indios son naturalmente inclinados a vicios, ociosidad y borracheras cuyo remedio consiste en ocuparlos, fuera bien repartirlos para las dichas minas".

En toda la *Historia Arzáns* muestra cuán íntimamente compartían los indios la vida con los españoles. En 1559 suplicaron los indios que se les permitiese marchar a la cabeza de la procesión funeral en memoria de Carlos V. Esto fue denegado pues se temía que los indios "mezclasen en aquel sentimiento algunas ceremonias y supersticiones que en semejantes funciones suelen hacer con sus señores e ingas". Pero en vista del deseo de los indios "se les concedió el que acompañasen sin salir del orden que les dieron". Luego se comprobó que estas precauciones eran necesarias como se vio algunos años después en el famoso incidente del Cuzco cuando los indios participaron entusiastamente en una procesión en honor de San Ignacio de Loyola y aprovecharon la oportunidad para representar una de sus antiguas danzas sin que los españoles se diesen cuenta de ello.

Arzáns no ahorra relatos de atrocidades cometidas por los españoles contra los indios. Dios castigó con una enfermedad a dos españoles que habían tomado dos bellas doncellas indias para sus malos propósitos. Arzáns cita con satisfacción la reprimenda que, según se dice, dió Felipe II al virrey Toledo por haber decapitado a Túpac Amaru. Los indios podían ser crueles y avaros, también, particularmente si se habían enriquecido y vivían como españoles, al ejemplo de Francisco Chocata. El trato a los indios no mejoró con el transcurso del tiempo: "fuera de los daños que a los naturales se les hizo en sus primeras entradas a sangre fría, los tratan actualmente peores que si fueran esclavos así en minas como en sementeras, y esto con el mayor rigor que se puede imaginar, porque el indio debajo del dominio del español es lo mismo que una humilde ovejuela, y ésta es la causa de su mayor desdicha. Pero al fin, quizás ellos en muriendo van a coronarse a la gloria por premio de sus terribles trabajos, y muchos españoles que los oprimen van a ser esclavos a los infiernos".

Arzáns se maravilla de las inclinaciones religiosas de los indios a pesar del arduo tratamiento de los españoles, criollos, mestizos y negros. Los indios mantuvieron su interés por las fiestas, aunque su parti-

cipación en el costo de las danzas y ropajes aumentó mientras la de los españoles disminuía. Como para mostrar cuán poderosos, inteligentes y nobles pueden ser los indios, uno de los más largos y absorbentes relatos, en un libro notable por semejantes distracciones literarias, es la vida del valiente indio Agustín Quespi, quien sólo fue dominado después de larga y heroica resistencia: "Pero era ya tal su fama que deseaban beberle la sangre los dueños: poníanle asechanzas, cercábanlo 30 o 50 hombres, y unas veces solo y otras con sus compañeros los resistía, acometía y maltrataba con armas enastadas, alfanjes, palos, hondas y piedras, porque su valor y fuerzas todo lo llevaba como a barrisco; por lo cual llegaron a presumir tenía pacto con el demonio, pues un indio pequeño (decían) y de ruin talle y presencia no podía naturalmente ejecutar tales resistencias".

Arzáns reserva el lamento más sentido en favor de los indios para la mita, el sistema de trabajo forzado de los indios que Juan de Solórzano, administrador y jurista experimentado del siglo XVII, caracteriza como una "materia no menos profunda que las mismas minas". Está todavía por escribirse la historia de esta institución basada en antecedentes incaicos, aunque abundan los documentos existentes en los archivos. La *Recopilación de leyes de Indias* refleja la actitud oficial expresada en una real cédula de Felipe II fechada en 1589. I. 10: "Declaramos que a los indios se les pueda mandar que vayan a las minas, como no sea mudando de temple de que resulte daño a su salud, teniendo doctrina y justicia que los ampare, bastimentos de que poderse sustentar, buena paga de sus jornales, y hospital donde sean curados, asistidos y regalados los que enfermaren, y que el trabajo sea templado, y haya veedor que cuide de lo susodicho: y en cuanto a los salarios de doctrina y justicia, sean a costa de los mineros, pues resulta en su beneficio el repartimiento de los indios, y también paguen lo que pareciere necesario para la cura de los enfermos".

Hospitales para indios fueron establecidos en Potosí ya en 1549, año tras año se nombraban protectores de indios, pero los aborígenes morían constantemente en las minas por accidentes y exceso de trabajo, y eran traídos desde grandes distancias en condiciones lastimosas. Como fray Rodrigo de Loaysa informaba al rey en 1586. V.5, los indios en camino desde sus casas hasta Potosí constituían "el más lastimoso espectáculo de miserias que se puede pensar". Los pocos tan afortunados como para escapar a la muerte en las entrañas del Cerro regresaban a sus casas en condiciones miserables: "Unos cojos y mancos de trabajar en las minas, otros azogados de beneficiar el azogue y otros con otros muchos males".

Algunos indios que escapaban a la mita de cualquier manera se enriquecían, y otros podían usar el dispositivo legal español para proteger hasta cierto punto sus intereses, pero las protestas numerosas de eclesiásticos y otros indican que la mita tuvo que ser una carga pesada para

los indios. Tan opresiva era que el virrey Conde de Lemos trató de suprimirla, pero la reacción de los potosinos puede apreciarse según el relato que Arzáns hace de la suerte de fray Francisco de la Cruz que se había propuesto trabajar contra la mita. Una mañana amaneció muerto, muchos dijeron que envenenado.

No obstante toda la preocupación oficial de la corona, los informes espeluznantes de eclesiásticos, y la oposición de algunos funcionarios reales la mita existió durante todo el período colonial. También se alquilaban indios para trabajar en Potosí desde tan lejos como Tucumán, igual que "si fueran mulas de alquiler ... sin pagarles su trabajo ni darles unas alpargatas para el camino". La fe recibía gran daño, según insistía fray Rodrigo de Loaysa: "Todo cuanto allá suena es tasa y tributos, y cuando el indio se muere las últimas palabras con que acaba son ya no pagaré más tasa ni tributo: este es el Jesús con que acaban". Este mismo fraile denunciaba que, "Estos miserables son como las sardinillas que andan en la mar, que todos los demás pescados andan tras de ellas por comerlas y acabarlas, y así andan todos éstos tras de estos miserables indios; y si no tienen algún favor, se acabarán presto".

La información y opiniones sobre la mita que Arzáns provee en toda la *Historia* no dan nueva luz sobre la materia. Sin embargo, el lector aprende cuán confusos e irresolutos eran los españoles que querían proteger y ayudar a los indios, quienes también comprendían que el trabajo de éstos era necesario si se quería que la plata se produjese, pues en un pasaje revelador dice: "Y ciertamente yo me hallo confuso sin poder determinarme o a defender esta calamidad de indios que padecen con la mita, o abonarla por ser para ayuda del bien universal. Porque quitada la mita totalmente y no habiendo quien trabaje en las minas (pues no lo pueden hacer los hombres de la Europa ni sus hijos, los que nacen en esta América, ni los negros del Africa, porque luego perecieran, salvo si se acostumbraran a ello) dése ya por perdido todo: cesará sin que haya duda el comercio de Europa y demás partes del mundo, porque ni habrá plata ni azogue con que beneficiarla, pues de quitar la mita de Potosí también se quitará la de Huancavelica de donde se saca el azogue; cesará, pues, con eso el llevar a los reinos del orbe tantos millones de oro y plata en galeones y otras embarcaciones, y sin esto por Buenos Aires y otros puertos tantos millones de marcos en piñas sin Jabrar".

"El perseverar la mita, por lo que toca a los indios, es una de las grandes lástimas el verlos salir para esta Villa dejando sus provincias y casas cada año al entero de esta mita. ¡Qué de demostraciones de sentimientos no hacen, qué de llantos, alaridos de mujeres y gritos de sus hijos no se oyen al despedirse por aquellos campos y poblados! Por no verse en este trance muchas familias se han desaparecido de sus casas y tierras sin que jamás se haya sabido de ellas por entrarse en las incóg-

nitias naciones de infieles, y muchos se han quitado la vida con sus propias manos huyendo de sus gobernadores al convocarlos para la dicha mita. Ello ciertamente es grandísima lástima la miserable servidumbre a que han llegado estos desventurados naturales”.

“De todo soy testigo; y cuando esta verdad les pareciere mal y me mordieren como perros rabiosos, allá lo verán ante Dios el día de la cuenta que de esto les pidiere; allá lo verán azogueros, corregidores y todos los españoles y peruanos que obraren tiránicamente con los pobres indios; allá verán el paradero que tiene la desobediencia de tantas cédulas como desde los Católicos Reyes se han remitido por sus majestades hasta el tiempo que esto se escribe, tan en favor de estos pobres naturales que no sé qué más pudiera hacer un padre con sus hijos: en todas ellas (que son muchísimas) los seis monarcas que hasta el señor Carlos II, que de Dios goce, han sido reyes de estas Indias, encargan particularmente a sus ministros por el buen tratamiento de sus naturales, y que hagan ejecutar lo ordenado y mandado en dichas cédulas; pero todo es al contrario, si no en lo general, mucho en particular. Porque, ¿quién no sabe la fuerza del interés, quién no el valor del poder? Todo lo acomete la ira, a todo se rinde la codicia. Porque los presentes ricos, aun en las casas de los príncipes y ministros que gobiernan perdonan pasados agravios, pues no hay puerta tan cerrada que no se deje abrir con llave de oro”.

Aquí vemos revelarse en toda su angustia el terrible dilema, en el que Arzáns mismo se encuentra, al tratar de ir por un camino para conciliar su respeto por las realizaciones culturales de los indios y la convicción de su importancia como seres humanos, con las arduas realidades de la eterna y urgente necesidad de producir plata.

A la muerte del historiador en enero de 1736, su hijo Diego resolvió continuar la *Historia*. Su obra no fue muy extensa y abarca un año más de las hazañas de la Villa Imperial, pero Diego manifiesta las mismas opiniones sobre los indios. También ataca al poeta de Lima Diego Dávalos y Figueroa, cuya *Miscelánea austral* (1602) había su padre encontrado tan impugnable por su menosprecio de las cualidades de los indios. Los que sostienen que los grandes palacios, fortalezas y templos de los incas fueron construidos por gigantes y no por indios están todos errados, y Diego censura en particular a Dávalos Figueroa porque “escribió con más pasión que verdad”. Diego también despliega un espíritu indigenista y también corre en defensa de los indios. Elogia la forma como éstos llevaban la cuenta de los sucesos históricos “por nudos de várias colores y formas dan noticia de más de 2,000 años antes de la venida de los españoles ... Y es de admirar la prolijidad y circunstancias que tenían aquellos historiadores en dar noticia de cuantos murieron en las guerras, así de los suyos como de los contrarios, las embajadas que recibieron y las respuestas que dieron, y mediante estos *quipus*

se supo el origen de sus ingas, las guerras y conquistas que hicieron, las leyes que dieron, con otras muchas cosas que para escribirlas es menester otro nuevo volumen”.

Las hazañas de los indios en otros campos son también notables: “Pues Atenas, Lacedemonia, Roma, Cartago y otras repúblicas, ¿tuvieron mejores legisladores que los Ingas? Ni filósofos mejores, pues llegaron a alcanzar la inmortalidad del alma con premio para el bueno y pena para el malo”. Diego recapitula extensamente la historia de los incas, todos eminentes, y luego vuelve al tema de los indios para decir de “Luis Niño, indio ladino, segundo Ceusis, Apeles o Timantes, y es caso de notar que estando embriagado pinta y esculpe con primor. Varias obras de sus manos labradas en plata, madera y lienzo han llevado a la Europa, Lima y Buenos Aires con aprobación general, y hoy lo tiene el señor arzobispo de la Plata ocupado en ejercicios de su arte”. En Cuzco hay otros renombrados pintores indios, especialmente uno llamado Tomasillo, y las iglesias de San Lorenzo y de los betlemitas en Potosí también atestiguan el ingenio de los indios.

Los mineros indios son más expertos que los españoles, pero se nos advierte que los criollos son también ingeniosos. Los indios son por otra parte hábiles mercaderes y Diego cita el adagio “El indio a su negocio” que es a la vez el título de una comedia “por donde se conoce si son rudos o no”. Tanto los indios civilizados como los bárbaros son “perspicacísimos en comprar y vender cuando entran de paz a nuestras ciudades como el más aventajado mercante”. En sus largas y agrias impugnaciones a Dávalos y Figueroa, Diego invoca la autoridad de Las Casas y del Inca Garcilaso de la Vega, pero no dice nada que su padre no hubiera dicho ya más viva y elegantemente.

De lo expuesto, creemos:

Primero, que la cultura o mejor dicho las diversas culturas de los naturales del Nuevo Mundo han suscitado estudios serios desde Bernardino de Sahagún hasta hoy. Las publicaciones disponibles hoy muestran que sabemos mucho de estas culturas pero que también hay más para saber.

Va'e la pena, además, subrayar el hecho que siempre algunos hombres destacados de América han manifestado un orgullo por la cultura indiana. Arzáns no era una figura aislada en este sentido. Aun una personalidad peruana tan hispánica como el Dr. Víctor Andrés Belaúnde puede decir hoy, ante un grupo distinguido de peruanos, incluyendo el Presidente de la República, Sr. Arq. Fernando Belaúnde Terry: “Os diré que uno de los momentos más gozosos de mi vida fue aquel en que pude descubrir el manto de Paracas en el Hall principal de las Naciones Unidas; manto sobre el que el Perú conserva sus derechos por que revertirá a nuestros museos si las Naciones Unidas desaparecieran”.

“Esta tela prodigiosa, demuestra a todos los visitantes, que en nuestra América, tantas veces desdeñada o incomprendida, hubo una civilización que produjo esa maravilla, que podía competir con los tejidos griegos o los tapices persas”.

Segundo, que las controversias alrededor de la figura del indio que continuaron, en algún grado, durante todo el período del coloniaje, no eran un aspecto transitorio de los primeros años de la conquista dirigido por un hombre “paranoico” (empleo aquí la palabra de Don Ramón Menéndez Pidal). La lucha por la justicia era una parte integral de la acción de España en América. La historia detallada de esta lucha —que es en verdad una lucha dentro de la *lucha*, porque los académicos son hombres de sangre y huesos—no la vamos a narrar aquí.

Por eso la *Historia* de Arzáns dedicada a la Villa Imperial de Potosí también tiene un valor para ayudarnos a entender la obra de España en América, sus triunfos y sus glorias; sus tragedias y sus luchas que casi siempre se relacionaban con los indios.

Mirando hoy atrás y estudiando las vicisitudes de la política española, ¿no podemos ver claramente que no solamente “sin indios no hay Indias” pero que sin comprender la parte integral de la lucha por la justicia en la conquista española la historia de América quedaría incompleta?

Pero el hecho aparente de que Peralta no se preocupase mucho del indio, no debería sorprendernos, pues él vivió en la Capital Vicerreal, a la sombra de celosos Virreyes, en un período de difícil transición, en días que sus enemigos podían crearle problemas, tal como le sucedió con los inquisidores limeños, en los últimos años de su larga vida, a propósito de su obra *Pasión y triunfo de Cristo* (1738). También hay que aclarar que nos estamos refiriendo únicamente a los escritos impresos de don Pedro de Peralta, en los que tuvo que ser particularmente cauto, pero no sorprendería que en el estudio de sus escritos inéditos, se descubran muestras de una mayor sensibilidad frente al indio.

Arzáns también tuvo enemigos y nunca se atrevió a publicar su *Historia*, y sabemos que ciertas personas de Potosí le amenazaron de muerte porque sabían que Arzáns había escrito sobre fechorías de sus antepasados.

Pero tomados estos dos hombres, quizá si en ciertos aspectos tan diversos, en su conjunto, cabría formularse esta interrogación: ¿No es verdad que Peralta y Arzáns representan e iluminan, a través de sus escritos, la Historia de América, cuyo descubrimiento fue caracterizado por Francisco López de Gómara, como “el hecho de mayor importancia que el Mundo ha experimentado desde la venida de Cristo”?